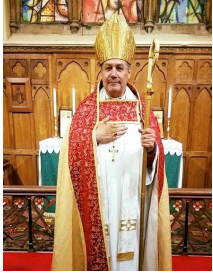




ARZOBISPO SHANE B. JANZEN PRIMADO DE LA COMUNIÓN ANGLICANA TRADICIONAL



*Y esto os será por señal: hallaréis al niño
envuelto en pañales, echado en un pesebre.*

Fue una escena simple esa primera Navidad: una pequeña cueva para refugiarse, un matrimonio joven lejo de casa, y nada más que un comedero en el que poner al Niño Jesús. Muy por encima de este entorno humilde estaba el palacio de Herodes en lo alto de la colina que domina Belén. El Rey de reyes estaba a punto de nacer en el mundo que creó; pero el rey impostor de Israel en su palacio no se dio cuenta, hasta que sintió una amenaza a su trono terrenal.

Dios había prometido enviar el Mesías, el Cristo, el Salvador, quien redimiría a su pueblo. Pudo haber irrumpido fácilmente en la escena como un hombre adulto, un rey guerrero, defensor de la justicia y uno que repara el mal, como uno de nuestros modernos "superhéroes". De hecho, esto era lo que muchas personas en ese momento, e incluso ahora, estaban buscando, pero no era cómo Dios lo hizo, no era parte de su plan divino de salvación.

En cambio, el Salvador llegó en la quietud de la noche; revelado a un mundo esperante en los brazos de una madre joven en una parte oscura del imperio romano. Era, como lo expresó un autor cristiano, "un paquete muy pequeño, envuelto en trapos, dado desde el corazón de Dios. El regalo perfecto".

Dios dio el primer regalo de Navidad, su único Hijo, para que el mundo y las personas que creó conocieran su amor. Para que nosotros, en todo nuestro fragilidad, nuestras esperanzas y miedos, nuestros pecados y fracasos, podamos conocer el perdón duradero, la paz mental, la esperanza para el alma.

La Navidad es el mejor ejemplo de cómo Dios hace su voluntad. Tomó el evento más significativo en la historia humana, el nacimiento de su divino Hijo, y lo vistió con harapos en medio de un establo simple en un pequeño pueblo lejano. Dios reveló la importancia de este nacimiento no por la pompa exterior, no por el deslumbramiento y la ostentación, sino por el anuncio de las buenas nuevas de Su Palabra eterna a los simples pastores en la noche oscura de un campo. Un evento que cambiaría para siempre la historia de la humanidad y la historia de nuestra salvación.

En esa noche solitaria en Belén, María y José se dirigieron al lugar de nacimiento de David, de cuyo linaje iba a nacer el Salvador. Habían viajado en obediencia al decreto de César; pero cumpliendo la santa voluntad de Dios. En este mundo, en esta realidad, en la vida y lucha de hombres y mujeres simples, vino Jesús, el regalo perfecto de Dios.

La Navidad no es solo un evento histórico registrado para nosotros en las historias del Evangelio; ni en las bonitas fotos y canciones de la temporada. La Navidad es la celebración de la unión de Dios con el hombre para la redención del mundo. Y ahí está la verdad de este Día Santo: que la eterna Palabra de Dios, nacida en un pesebre, nacida en el tiempo y presente desde toda la eternidad, es el Señor del cielo y de la tierra, el Juez de Justicia, el Hijo del hombre, el Príncipe eterno de paz, nuestro Salvador y Redentor.

Permítanme extenderles toda mi oración por una Navidad bendecida y alegre, mientras recibimos a nuestro Rey Salvador una vez más a nuestros hogares y nuestros corazones.

+Shane